

Fuera del periodismo propiamente tal, ó sea el de las hojas publicadas á diario, todas las que, sin excepción, han contenido y siguen conteniendo una sección destinada á las bellas letras, jamás han faltado publicaciones ó revistas exclusivamente literarias, no pocas de inestimable mérito, todas útiles, en las que poetas y literatos, con libre vuelo de inspiración, han producido obras de plan meditado y amplio desarrollo.

No decimos del folletín, modo de publicación de novedades literarias, nacido en Francia y en todas partes aclimatado, porque el folletín ha carecido de importancia entre nosotros. Aquí no se ha utilizado para dar á conocer la producción original de nuestros hombres de letras, y los directores de diarios, más atentos á allegar lucro que al adelanto de la literatura, abren el folletín á la baratija literaria exótica, con que resulta colmado el pliego de impresión, sin más costo que el jornal del cajista. Que las patrias letras nada ganan, ¿qué importa? ¿Qué importa que la multitud, destituida de criterio estético, pervierta su sentido y sorba con frecuencia deletérea ponzoña? El director saca su provecho, y basta con eso.

Y por cuanto el periodismo es parte integrante de la literatura nacional, no haremos para él capítulo aparte, sino que formará una sección del siguiente, destinado á la revista y examen de la labor literaria mexicana, en la que será ocasión de señalar cuáles han sido los periódicos, cuáles las revistas de literatura que más fecundamente han contribuido á despertar y avivar las aficiones al gayo saber en los tres focos de radiación literaria arriba marcados.

III

LA OBRA LITERARIA

Dada la índole de esta reseña, al tratar de la producción literaria limitaremos forzosamente á obras y autores que más hayan influido en la evolución de las letras en determinado ramo, ó que hayan logrado ganarse los favores del público, hubiera ó no justicia para tal privilegio. Otro proceder, á más de ser tarea muy por encima de nuestro alcance, fuera asunto de un trabajo que no cabría dentro de las proporciones que en las páginas de este libro se le tienen asignadas.

Por razón del método, hemos titubeado sobre si al trazar el presente cuadro convendría clasificar nuestra literatura por escuelas, y retrájonos de un semejante propósito la bien atendible consideración de que, hablando en puridad, en México no ha habido escuelas literarias, en el estricto sentido de la palabra: los que llamaríamos clásicos no vendrían á serlo sino por la época en que escribieron, que á falta de otros patrones se inspiraron en los únicos que les fué dado conocer, ni tenían potencia bastante á crear nuevas formas ó estilos. Tanto es así, que es fácil observar cómo desde que aquí fué conocida la escuela romántica, el mismo autor que en una composición muestra tendencias clásicas, en otra, no menos aplaudida, revela neto romanticismo. Huyendo, pues, del riesgo de sujetar en lecho de Procusto á nuestra producción literaria, de someterla á un sistema de clasificación facticio, habrán de orientarnos tan sólo las ideas arriba apuntadas. Por otra parte, de encerrarnos dentro del criterio preceptista, fuera de que asumiríamos ínfulas magistrales, de que librenos Dios de presumir, cambiaríamos la naturaleza de este estudio, que es de síntesis, no de crítica.

¿Y por qué no declararlo? Respeto profundo guardamos á las doctrinas del clasicismo, al que adeuda la humana cultura la revelación y enseñanza de los arcanos de la belleza en letras y en arte; mas nuestro respeto no va hasta el fanatismo. Hay que reconocer que más de un canon horaciano ha perdido autoridad, muy principalmente, porque la evolución del arte, su perfeccionamiento, que sería temerario negar, ha desechado reglas que, ó no se conforman con la naturaleza, más atenta y sabiamente estudiada, ó la circunscriben á un solo punto de vista, donde los tiene múltiples.

Daño trascendental ha sido para el clasicismo la labor de aquellos espíritus mediocres, que, ambiciosos de palmas literarias, han creído suplir la pobreza de numen con la nimia observancia de las reglas, des-

entendidos de que éstas se formaron para guía de la inspiración, no para crearla. Norabuena que lleven riendas los caballos del Sol, si es Apolo quien ha de regirlas. Y si aquellas pragmáticas han de despojar de sus fueros al genio creador, convirtiendo las bellas letras en manifestación intelectual no evolutiva, en Amazonas estancado entre insuperables diques, hay que abolirlas, hay necesidad de condenarlas; otra cosa sería la negación y muerte de la literatura, y la literatura es afirmación, es vida, es inmortalidad.

Repitémoslo: no hay escuelas literarias en México; los que se aplican el extraño calificativo de *eclecticos* no militan bajo bandera determinada, ni constituyen núcleo, ni apellidan jefatura ninguna; miden los quilates de la belleza literaria por su sentido individual, según la impresión que les causa ó la percepción que les sugiere la lectura del libro. Y ésta no es, ni puede ser escuela. Si valiera un neologismo, más que otro, les sentaría el calificativo de *auto-estetas*, porque sus apreciaciones en materias literarias se gobiernan por el sentir de su propio yo.

En la necesidad de que este cuadro no rompa con toda idea de orden, seguiremos el que impone el propio organismo de la literatura, el de los géneros en que está dividida.

LA POÉTICA

Primogénita de la literatura, la poesía, de pleno derecho tócale figurar en primer término.

Envaneceáramos de todo como de tener poetas, y fuéramos, no sólo á manera de Ática americana, sino cabeza del mundo culto. Sin más que en la numerosa falange de literatos que han aspirado á ceñir la siempre verde corona apolínea debe hacerse discreta y precavida selección. Dotada el habla castellana de incomparable adaptación para la poesía, no es raro que, sin nociones prosódicas ni de métrica, haya quienes

versifiquen con número y medida, completada la ilusión con el prestigioso consonante, y apenas si se contará entre los que recibieron alguna educación literaria, quien no hubiera hecho versos en la dorada edad juvenil; versos, sí, *verba et voces pretereaque nihil*. Mas no estriba en el arte de versificar el ser poeta; radica en más alta potencia, en más singular disposición. «Estos ciegos, según la expresión con que Anatolio France ha amplificado el antiguo *Vates* (adivino), que ven lo que no perciben los otros mortales,» no brotan como nidada de codornices: son *rara avis*, provistos de facultades privativas, tal cual se requiere, ora para remontarse á las idealidades psíquicas y revelar en lenguaje humano y bajo formas sensibles lo abstracto é incorpóreo, ora para abismarse en las hondas simas de la conciencia y sacar del fondo la perla ó el cieno, que todo eso yace confundido en los arcanos de nuestra esencia, ora para interpretar las voces de la naturaleza en su sentido íntimo, no de todos penetrado. Esto es ser poeta.

Los tenemos, sí; no todos rayanos á la misma altura, que no todas las abejas del Himeto brillan con el mismo oro, ni liban de la misma rosa; pero sí todos dignos de competir con los que en otros pueblos cultos alcanzan el renombre de poetas.



D. José Gómez de la Cortina